

# EL BECERRO DE METAL

COMEDIA DRAMÁTICA

EN TRES ACTOS, EN PROSA

## PERSONAJES

---

SUSANA DE LEYVA.  
LA DUQUESA DE ALTACRUZ.  
LUCY SILVA.  
LA CARMELAR, madre.  
LA CARMELAR, hija.  
SIMÓN DE LEYVA.  
EZEQUIEL DE LEYVA.  
BENJAMÍN DE LEYVA.  
ISMAEL DE LEYVA, gran Rabino.  
PEDRO DE TORRELLAS.  
GORITO CETINA.  
EL MARQUÉS DE NEBLÍ.  
FERNÁN ALTACRUZ.  
LAZARILLO (1).

---

(1) Este papel puede desempeñarlo una mujer.



# ACTO PRIMERO

---

Un salón del sudexprés. Durante el acto se supone que corren varias estaciones del trayecto entre París y la frontera española.

## ESCENA PRIMERA

SIMÓN DE LEYVA, BENJAMÍN DE LEYVA, EZEQUIEL DE LEYVA, SUSANA DE LEYVA, el MARQUÉS DE NEBLI y un MOZO

MARQ. (tocando un timbre.) ¿Quieren ustedes que pida al mozo algo para ustedes, de paso que...?

BEN. Pida para sí lo que guste. Cuando nosotros tengamos sed, ya pediremos.

Mozo ¿El señor desea...?

MARQ. Algo que se beba... que me refresque y me entone á un mismo tiempo... *Whisky and soda*... ó sino... aguardé usted... *brandy*... ó mejor, mejor aún: ponche sueco... y pedazos de hielo muy deshechitos. (Sale el Mozo, que volverá con lo pedido y lo instalará en una mesita, delante de Nebli.)

BEN. Si ya sabemos que no puede usted sufrir lo inglés, ¿á qué viene no empezar pidiendo lo que le gusta? Y si prefiere algún aguardentazo á la española ó agua y azucarillo... Con tal que el género exista aquí...

- MARQ. La verdad es que los españoles, así vivamos años y años en el extranjero... Y eso que yo tuve mis pretensiones de crearme parisiense.
- BEN. Como parisiense no nos sirve usted de nada.
- EZEQ. No haga usted caso á Benjamín. Son bromas suyas.
- BEN. ¿Bromas? Costumbre de llamar á las cosas por su nombre. ¿Estamos ó no en el secreto? ¿Se ha convenido, sí ó no, en que nos llevamos á la villa y corte al buen Marqués de Neblí, amigo, pariente, compañero de la niñez, de colegio, de aventuras, de toda la gente alta, al objeto de que nos informe y nos aborre esos primeros desaciertos, que son fatales?
- EZEQ. Verdad, el Marqués nos hace ese favor... aun cuando en París ya hemos conocido buena parte de la sociedad española.
- BEN. Sí, aquello es un desfile... El que no va á ponerse la dentadura postiza, va á ver *belles petites*.
- SIM. ¡Benjamín! ¡Tu hermanal
- BEN. ¡Bah, mi hermanal Cuando se enfrasca en sus lecturas...
- SIM. No importa... Ya sabes que delante de ella no quiero yo...
- BEN. Pierde cuidado... Y, al fin, Susana es una mujer superior, sin aprensiones...
- SUS. (Levantando la cabeza.) ¿Habláis de mí? ¿Quieres algo, padre?
- SIM. No, cordera... Le preguntaba á Benjamín qué lees con tanto interés...
- SUS. Versos... Versos en español...
- MARQ. (Saboreando el ponche con hielo, que absorbe por medio de una pajita.) Encantadora Susana, veo que es usted muy aficionada á la poesía. Oh, yo también. ¡Los versos me dislocan! ¡Zorrillal! ¡La chimenea campesina, de Grilo! (Tose, atragantado.)
- BEN. Me sucede lo mismo que al Marqués: no

me pasan de aquí (Señala a la garganta.) los versos.

MARQ. (Tosiendo más fuerte.) ¡Va... a... mos! ¡U... un... ataquito de mi tos!... La... la... mal... dita-polvareda... Salgo ahí fuera, por... no... importunar...

## ESCENA II

DICHOS menos el MAEQUÉS

EZEQ. (A Benjamín que se ríe malignamente.) ¿No sabes vivir en el mundo? Has estado inconveniente con Nebli. Parecía que le echabas en cara...

BEN. ¡Bah! ¡Nebli! ¡Si con Nebli hemos de guardar ceremonia! Nos cuesta caro; desquitémonos en divertirnos un poco á su cuenta. ¿Cuánto has aflojado, padre, á fin de extinguir deudas de Nebli para que pueda presentarse en Madrid sin que le ladren sus consecuentes acreedores?

SIM. No quiero acordarme... Reconocido que es indispensable un desembolso, prefiero olvidarlo á la media hora.

EZEQ. Además, eso es lo correcto.

BEN. Tu manía es la corrección, hermano... Te empeñas en no ver que en sociedad cada día baja eso de la corrección y los miramientos y suben el orgullo y el desdén. Como que en ellos encarna la fuerza.

SIM. ¡La fuerza! ¡Cosa excelente! No la fuerza de cañones y armamentos, sino esta nuestra, hijos.

EZEQ. No seremos más fuertes porque seamos menos cultos. ¿No conoces, Benjamín, que en esa mofa constante tuya, en tu faena de zaherir y mortificar, pierdes tiempo y fuerza también? No hay pedestal como la serie-

- dad y el respeto de sí mismo. Y nosotros necesitamos imponernos á la consideración. Así vamos al desquite.
- SIM. Habla bien el primogénito. Los dos podéis acertar... desde vuestro punto de vista.
- BEN. ¿Te parece que no es ir al desquite el traernos, agregado á nuestro servicio, al Marqués de Nebli, un Lara Enriquez, caballero de Alcántara y descendiente directo de aquellos que...?
- SIM. (riendo.) De los que nos cosían una rueda amarilla al traje... Vueltas de la rueda... ¡Ahora somos nosotros de mejor linaje, hijo! Como que sólo hay dos castas de linajes: el tener y el no tener.
- BEN.
- SIM. Por eso creo que vamos á reinar sobre Madrid... (con súbito recelo) ¿Bh? ¿Nos oye alguien? ¿Ha entrado alguien en el salón?... Me ha parecido...
- EZEQ. No, padre... Siempre crees... ¿Por qué dices...?
- SIM. Mi vista va acertándose con la edad y con el trabajo... Con el trabajo, sí... ¿qué os sorprende? ¿Quién rige la casa toda de Simón de Leyva y lleva su peso, sino el mismo Simón?
- EZEQ. En efecto, y ya es hora de que nuestra ayuda te dé descanso.
- BEN. Nosotros debemos compartir esa tarea contigo.
- SIM. (Con movimiento de desconfianza.) ¿Mis borregos quieren empezar á enterrarme? Una paletadita de tierra sobre la fosa, ¿eh?
- EZEQ. ¿Cómo puedes suponer...?
- BEN. Manías de tu edad. Lo extraño es que ya no nos hayas iniciado en el manejo de tus asuntos. ¡Y ahora que vamos á sentar el pie en la tierra de España! Podemos serte muy útiles, padre. Piénsalo bien.
- SIM. (Maliciosamente.) Vengan, vengan los consejos de mis dos consejeros jóvenes. ¿Qué haríais

vosotros si estuviérais dentro de mi piel, curtida por tan larga experiencia?

BEN.

Yo, en esa tierra española...

SIM.

(severamente.) ¿Te has olvidado de que Ezequiel es el primogénito? Habla tú, Ezequiel.

EZEQ.

Vamos á un país donde nuestros antecesores fueron perseguidos, maldecidos, corridos á pedradas como perros... Nuestro desquite es imponernos á la simpatía, al respeto público. El dinero sirve para eso. Hagamos mucho bien, no escondido, porque eso de ocultar la beneficencia es un yerro cristiano .. y los cristianos, por otra parte, tampoco esconden la mano para dar... ¡qué han de esconderla...! Yo tengo ideas magníficas. Yo fundaría en Madrid un establecimiento benéfico modelo, como el Estado no lo ha fundado nunca... Yo regalaría—de esto que se encargue Susana, la artista de la familia—obras de arte á los Museos... El Estado español no compra nada, deja que nos lo llevemos todo... Enseñaríamos su deber al Estado... Haríamos algo sensacional... La prensa lo divulgaría .. Dominaríamos por la cultura y el bien.

BEN.

¡Peh! Es preferible dominar por la soberbia y el desprecio. Divertir, prestar, humillar, deslumbrar... Es un goce de venganza, exquisito, y lo estoy saboreando ya. ¡Qué de adrlaciones, qué de bajezas vamos á paladear, cuando entremos en campaña con nuestro oro! ¡Y hasta podemos darnos este placer refinado á poca costal Madrid es pobre. El lujo allí consiste en un abono á medio turno y un coche con dos rociantes... ¡Ja, ja! Allí cualquiera triunfa. ¿No te parece, padre?

SIM.

En parte sí... y en parte encuentro razonable lo que Ezequiel ha propuesto. No hay que seguir una sola vereda... La humanidad tiene exigencias diferentes, y se la conduce

de varios modos. ¡Je, je! Yo la conozco perfectamente... Tu sistema, Benjamín, nos hará dueños de las altas clases; el tuyo, Ezequiel, nos atraerá á la multitud... Pero oídme, corderos míos: yo no busco en España solamente satisfacciones de orgullo y venganzas de raza... España es un terreno virgen, ó poco menos, para las especulaciones atrevidas y geniales. He estudiado ese terreno, y sé lo que puede rendir... Esto hará el viejo Simón de Leyva, antes de ir á dormir al lado de sus padres... Con estos dedos exprimiré la última gota de jugo á la naranja española.

SUS. (Levantando la cabeza y dejando el libro.) ¿Para qué quieres más dinero, padre?

SIM. La primer palabra que te resuelves á pronunciar después de largo silencio, carece de sentido, hija... ¡Que una mujer inteligente pregunte eso! ¿Para qué quiero más dinero? Pregunta á cualquier hombre para qué quiere más vida. De vida y dinero nunca anduvo sobrado nadie.

SUS. Yo creía...

SIM. ¡El dinero! ¡Bálsamo milagroso!

SUS. Los milagros del dinero son milagros muertos... milagros que pierden el alma.

SIM. Máximas romancescas, que he oído varias veces. El oído todo lo soporta; como tiene entrada y salida, no guarda sino aquello que aprueba... Por el canal del oído corre la farsa, la comedia de los sentimientos. Mi cerebro se rie de mis oídos, Susana. ¿De quién piensas tú que es obra tu gran corazón, tu alta fantasía, mi rosa de Jericó? Del vil dinero de tu padre... Has podido pensar alto, porque la necesidad no te ataba á la tierra. Tu poesía es creación de mi prosa. ¡Sublime prosa la del dinero!

SUS. ¿No hay nada mejor que él? Responde.

SIM. Lo que tú llamarás mejor, con él se adquiere

re... El arte, que tanto te entusiasma, ¿acaso no se compra? Cuadros, estatuas, ¿se dan de balde? Las limosnas que repartes, ¿no son dinero? Esta es la realidad; tus sueños, no.

SUS. ¡Sueños! Si poseyese un sueño, no lo daría por toda tu caja. Y según me acerco á España, me parece que el sueño se aproxima y que va á llenarme la existencia de luz y de canciones.

BEN. Modo bonito que tiene mi hermana de decir que en España espera encontrar novio á su gusto. Y también lo esperamos nosotros. Hemos de ver sobre ese pelo negro chispear una corona heráldica.

SUS. No, Benjamín, no era eso; si no me entiendes.. A tí no puedo explicarte... Hay personas con quienes pasamos la vida, y no podemos revelarles lo íntimo...

BEN. Vamos, comprendido; te pones más alta que yo... Bájate de las nubes, hermana. No hay cosa mejor, para los terrestres, que la tierra.

### ESCENA III

DICHOS y MARQUÉS DE NEBLÍ

MARQ. Susanita, señores de Leyva... Después de toser un rato; ahí me encontré á unos compatriotas que desean ser presentados á usted... Vengo á solicitar autorización.

SIM. Con mucho gusto...

BEN. Presentados por usted, serán de la crema de Madrid.

MARQ. Diré á usted... De la crema... todos precisamente... no.

BEN. Entérenos. Nada de sorpresas.

MARQ. Son dos señoras y dos muchachos. Ellas, madre é hija, se llaman las de Caramelar.

BEN. No me suena...

- MARQ. Psch... gente bien... pero pesadas... Coleccionan relaciones... Han oído que ustedes darán fiestas, y no ha sido acosón el que me propinaron...
- BEN. Haberles dicho que no admitimos presentaciones.
- MARQ. ¡Si no me dejaban vivir! En Madrid dicen que con las de Caramelar pasa lo que con la muerte y el infierno: la muerte, que es la presentación, nadie la evita; el infierno, que sería convidarla-, puede evitarse... á fuerza de virtud. Al hacer la lista de invitaciones para la primer fiesta, nos olvidamos de las Caramelar, ó las mandamos el convite al día siguiente... y aquí no ha pasado nada.
- SUS. ¿Qué mal hay en que vengan? Estaré con ellas muy amable.
- EZEQ. Y los muchachos, ¿quiénes son?
- MARQ. Uno es Gorito Cetina; ¡oh! muy bien recibido en todas partes... simpático... y el otro... á ver si me acuerdo de su nombre... ¡Qué diantrel! ¡Pues no me acuerdol... Lo mismo da... Le conocí en una cacería de aves frías en la Albufera. Tira bien: escopeta de primera.
- BEN. ¿Y ese también piensa en nuestros futuros saraos?
- MARQ. No le he visto nunca en sociedad. Me figuro, aunque no me lo ha dicho, por qué solicita esta presentación. Sé que desea vender algunos objetos de arte, antiguallas... A eso vino á Paris; pero no le dieron lo que pedía. Sin duda supone que ustedes...
- EZEQ. Tratándose de negocios, sea bien venido...  
(Sale Nebli.)

## ESCENA IV

DICHOS, menos NEBLÍ

- SUS. (Acercándose á su padre.) Oye... No te he dicho... y debo decírtelo. . . Antes de la hora de nuestra marcha de París, estuvo conmigo en larga conversación el tío Ismael.
- SIM. ¡Ah! ¿Y qué quería mi inclito hermano?
- SUS. Verte, abrazarte, despedirte, hacerte algunas advertencias... No le agradaba bajar á la estación, donde suponía que habría mucha gente extraña. Como tú ya no te encontrabas en casa, me advirtió á mí lo que pensaba advertirte á tí, y me encargó que te lo repitiese.
- SIM. Sepamos, ¿de qué se trata?
- SUS. De cosa grave, asunto de conciencia. Te suplica que no eches en olvido vuestras últimas conversaciones. Que las guardes en tu corazón como un tesoro. Que vigiles noche y día y te ciñas de fortaleza, para no ser tentado.
- SIM. Bien, tórtola mía... Es natural que hable así Ismael de Leyva, ¡gran Rabino de Francial Hay que escucharle con reverencia profunda... y luego... luego, hacer lo que más convenga.
- SUS. Añadió que no olvides que el Señor, tu Dios, visita impensadamente, y que es cosa terrible caer en sus manos.
- SIM. Bueno. Lo de costumbre... Lo de todos los días.
- SUS. Él asegura que ahora estamos en un caso especial. Teme...
- SIM. ¿Qué teme?
- SUS. Que tengais el propósito de establecerme en España... «Vas—me dijo—á un país que es casi nuestra patria. En él vivieron nuestros

- ascendientes. Nuestro apellido es español .. Allí nos han perseguido, nos han enviado á la hoguera... Ahora la persecución tomará forma de halago. Querrán que reniegues... No lo hagas, Susana de Leyva, ¡no lo hagas, hija mía!»
- SIM. ¿Nada más que eso te dijo? Mi excelente hermano es de esos hombres para quienes el tiempo no pasa... ¿Quién sino él, y algunos ilusos compañeros de Sinagoga, tiene empeño en resucitar historias antiguas? Si Ismael, en vez de comentar por centésima vez el libro de Josef el Zelador, hubiese trabajado, negociado, luchado como yo luché y luchó aún, no pensaría en tales quimeras.
- SUS. No son quimeras... Su voz persuadía, padre; sus palabras infundían convicción... Yo le prometí...

## ESCENA V

DICHOS, NEBLÍ, las CAMELAR, GORITO CETINA, PEDRO DE TORRELLAS, que se queda atrás en la primera parte de la escena.

- MARQ. Amiga Susana, señor de Leyva... Tengo el honor de presentar á ustedes á mis antiguas amigas las señoras de Caramelar... Los señores de Leyva... (Indicando á Ezequiel y Benjamín.)
- CAR. M. (Á su hija.) No te sonrias tanto...
- CAR. II. (Aparte también.) No lo puedo remediar... Tú también te sonríes...
- CAR. M. Es por máquina...
- BEN. (Sin mirarlas, secamente.) Tanto gusto...
- EZEQ. (Con una reverencia envarada.) Tanto gusto...
- SUS. (Afablemente.) ¿Vienen ustedes de París? El viaje es pesado... ¿A Madrid irán ustedes? ¿O solo á San Sebastián? (Charla con ellas en un rincón.)
- MARQ. Mi amigo Cetina... (A Pedro.) Venga usted

- que le presente... Mi amigo... (Bajo.) Torrellas, ¿no es eso? Susana, el señor de Torrellas... Los señores de Leyva...
- CAR. M. (A Benjamín.) Piensan ustedes instalarse en Madrid por larga temporada, ¿no es cierto?
- BEN. (Sin mirarla.) ¡Psss!
- CAR. H. ¿Han comprado ustedes ya un palacio, según dicen?
- BEN. (Sin mirarla.) ¡Bah!
- CAR. M. (A la hija.) Parece muy elegante. Tiene un arqueado de cejas y un encoger de hombros distinguidísimo.
- EZEQ. (A Cetina.) Nos han hablado de una residencia confortable, que está en venta, al extremo de la Castellana...
- GOR. ¡Confortable! Un palacio soberbio. El de los duques de la Morería, de seguro.
- EZEQ. Morería, sí...
- CAR. M. ¡Oh! Allí se han dado grandes fiestas. Allí nos hemos divertido mucho... Nos convidaban siempre, siempre, á lo grande y á lo pequeño...
- GOR. (Al oído de Benjamín.) ¡Fantasías! (Benjamín suelta una carcajada insolente.)
- CAR. M. ¡Y ustedes arreglarán ese palacio con un gusto!...
- BEN. ¿Cómo lo sabe usted?
- CAR. H. (A la madre.) Ya verás que tampoco nos convidan éstos, y no llegamos á enterarnos nunca de cómo es por dentro el palacio...
- SIM. (A Pedro.) El marqués de Nebli nos ha asegurado que es usted dueño de preciosas antigüedades, y que proyecta deshacerse de ellas.
- PEDRO. Así es. Vine á Paris con objeto de vender algunos cuadros y tapices, pero no lo he conseguido. Me los pagaban mal, en opinión de los inteligentes que los conocen.
- SIM. (Aparte á Susana.) Este asunto te toca á ti... Entiéndete con el señor Torrellas, y si la cosa lo merecc, no regatees, hija. Nuestra

- futura vivienda de Madrid tiene enormes salones. Nos vienen de molde los tapices.
- SUS. (A Torrellas.) ¿Quiere usted concederme unos minutos de conversación? (Le lleva hacia un ángulo del salón. Los demás forman grupo al otro extremo, un poco atrás.)
- PEDRO ¿A usted? ¿A usted?... (se sientan.)
- SUS. ¿Sabe usted que se me figura que le he visto antes de ahora? Su cara no me es desconocida; no.
- PEDRO Sí, debe usted conocerme... ¿No se acuerda?
- SUS. Ayúdeme á recordar... ¿Dónde?... Hace poco, se me figura...
- PEDRO Hace días no más... ¿No le parecerá mal si se lo digo? Allá va... Es que tuve el atrevimiento de seguirla, varias veces, al través de París... Una tarde iba usted con una señora mayor...
- SUS. Mi dama de compañía...
- PEDRO Por la calle de la Paz... Me llamó usted la atención... No sé por qué, se me figuró que era usted española...
- SUS. Soy española de origen... Hablamos español todos los Leyvas.
- PEDRO ¿Ve usted? El corazón me lo daba... Yo no me guío sino por mi corazón, y no me engaño nunca... Fui detrás de usted, y no me detuve hasta que tomó usted el coche en la esquina del bulevar... ¡Qué afán luego por volver á encontrarla! Una hermosa mañana de sol, como las de allá, de mi tierra... me eché á la calle, y el corazón me susurró bajito: «hoy la encontrarás, alégrate...» Y fue así... Iba usted de tiendas, con otra señora... Tres horas detrás de usted, pisando sus huellas... ¡Qué gusto! ¡Cuánto sol, qué luz y qué bonitas estaban las calles de París!
- SUS. ¡Tiene gracia! ¡Buen humor gastan los españoles, por la muestra! Y... sepamos, ¿con qué objeto me seguía usted?
- PEDRO ¿Objeto? Verla. Solo verla... ¿Le parece

poco? Ya no tenía utilidad mi estancia en París, y me detuve diez ó doce días más, lo que me duró el dinero, por tal de continuar viendo á usted... Algún angelito me soplabá adonde usted iba... y la veía, de lejos, frecuentemente. Al fin fué preciso volver á España; ¡figúrese mi gozo cuando en la estación la encuentro á usted en traje de camino, la veo subir al tren y me doy de manos á boca con el marqués de Nebli, que me conoce, que accede á presentarme... ¿Se enoja usted? No se enoje... No se ponga seria... Yo la respeto, yo por dentro estoy arrodillado... aunque parezca que estoy sentado cómodamente. ¿Qué ofensa, qué delito hay en sentir el atractivo de una mujer... como usted?

SUS. ¡Es original! El marqués nos dijo que usted, al hacerse presentar, deseaba proponernos la compra de unas obras de arte.

PEDRO ¿De dónde saca tal cosa el marqués? Ni palabra he pronunciado que á eso se parezca. Esto no tiene que ver con lo otro. A cualquiera venderé esas antiguallas de familia... excepto á usted, ni á esos señores.

SUS. Perdone... No ha sido mi ánimo ofenderle. ¿Puedo dirigirle una pregunta?

PEDRO Y cien... Lo que usted guste, Susana. ¿Es este su nombre, no es cierto? En mi país, á las señoritas las llamamos siempre por el nombre de pila... y no parece mal.

SUS. Como usted quiera... Vamos á ver... ¿Esas antiguallas, son de su casa?

PEDRO De mi viejo caserón, en Mallorca... No crea usted, les tengo cariño, y casi me he alegrado de no venderlas, por más que con el importe hubiese reparado el vetusto edificio.

SUS. ¡Mallorca! De allí procedemos los Leyvas. ¡Cuánto daría yo por ver esa isla!

PEDRO Vaya usted, Susana... Cuando se desea una

- cosa, hacerla en seguida: á lo mejor se atraviesa el destino y la frustra. Yo no dejo nada que me agrade para después. Todo al instante. La vida es corta... Vaya usted á Mallorca, hace más sol que en París. Allí la aguardo. La guío, la enseño los sitios pintorescos, las grutas... ¡Y me envidia el rey!... ¿Irá usted? ¿A que sí?
- SUS. ¿Pero está usted loco? Como si no hubiese más que echar á correr...
- PEDRO Claro; no hay más que eso... Pasa lo hermoso... cogerlo, no soltarlo... ¡Cuánta gente, por calmosa, por apatía, se muere sin oír música ni ver luz dentro de su alma!
- SUS. (Desviando la conversación.) Y... en Mallorca, ¿tiene usted familia?
- PEDRO No... Una criada vieja... La mando que me llame hijo, para fomentar una ilusión.
- BEN. (A Ezequiel.) ¡Vaya un coloquio! Ha podido Susana comprar el Museo.
- EZEQ. De seguro que Susana, por demostrar sus aptitudes, está regateando una mezquindad de mil ó dos mil francos.
- BEN. Voy á llevar la solución... (Se acerca á Pedro y Susana.) Perdone usted... Susana, ya sabes... Tienes carta blanca... Dale al señor de Torrellas lo que pida por sus tapices: no somos anticuarios que compren para revender.
- PEDRO (Levantándose.) La señorita de Leyva y yo no hablábamos de venta ni de compra alguna.
- BEN. ¿No? Pues confieso que no comprendo de qué podían ustedes hablar.
- SUS. ¿Qué estás diciendo, Benjamín? Yo, con mis amigos, puedo hablar de infinitas cosas además de las mercantiles.
- BEN. Ignoraba que el señor de Torrellas fuese tu amigo.
- SUS. Eso no impide que le considere y estime como á tal.
- BEN. Admitido, no lo discutamos... Hay amistades instantáneas... Pero no entiendo por qué

- tu *amigo* el señor de Torrellas no pone precio á sus tapices.
- SUS. Hermano, es una falta, es una impertinencia...
- PEDRO Susana, perdóneme usted: yo contesto á su señor hermano... No les pongo precio, porque he resuelto, señor de Leyva, no venderlos ya. No sirvo para negociante; sería errar la vocación; no sirvo. La señorita de Leyva acaba de honrarme llamándome amigo. Esto me anima, me da esperanzas de que me favorezca aceptando unas antiguallas de escaso mérito, como recuerdo del grato momento en que he podido estrechar su mano. Se las enviaré á su casa de Madrid.
- SUS. ¡Oh! No, Torrellas, no acepto... No consiento que usted se desprenda... De ningún modo...
- PEDRO Usted no me rehusará esta satisfacción. Usted no me da un desaire, Susana. ¿Verdad que no?
- SUS. ¡Pues bien! ¡Acepto! ¡Acepto, con gratitud!
- MARQ. (A Simón); La fronteral; Ya estamos en España!
- TODOS (Precipitándose á las ventanillas.) ¡España! ¡España!
- PEDRO } ¡España!
- SUS. }

FIN DEL ACTO PRIMERO





## ACTO SEGUNDO

La terraza del jardín del palacio de Leyva, en Madrid. Detrás de esta terraza se ve un salón iluminado como para fiesta, y lo aíslan de la terraza grandes vidrieras. La terraza puede decorarse con estatuas, jarrones ó plantas. A la derecha, se ven los árboles del jardín adornados é iluminados, y una escalera por donde se baja á él.

### ESCENA PRIMERA

GORITO CETINA, LUCY DE SILVA. Vienen por el salón, y salen á la terraza. Se oyen los últimos acordes, lejanos, de una orquesta que toca un vals

- GOR. (Ligeramente, casi imperceptiblemente borracho.) Felicidad. ¡Aquí se respira un poco!... ¡Dentro hace una sofoquinal! ¿No es verdad, ángel de amor, que el aire libre es... el aire libre?
- LUCY (Abanicándose con furia.) No te pongas pelma. No estoy para gansadas.
- GOR. Una idea: ¿y si nos largásemos? Por esa escalinata salimos al patíbulo... digo, al vestíbulo... y allí cogemos el vestíbulo... el vehículo...
- LUCY Te veo... Quieres sacarme de aquí.. Tienes encargo de tu señor amiguito... Pues ni con tenazas...
- GOR. ¡Monina... no seas tan espumosa! ¡Cual-

- quiera pensará que eres la primera á quien le pasa esto! Si la cosa no tiene la menor importancia. Te tomo, te suelto, me hiciste tilín, ya no me haces tururú... Es la báscula de la vida. Préstame ese abanico; lo vas á destrozár, y es precioso.
- LUCY      Mi caso no es el de todos. A nadie se le da un bofetón así. Se han reído de mí, en mi cara. Llegan estos advenedizos de tus amigos los Leyvas, me endosais entre tú y el *gaga* de Nebli á la hebrea para que la lleve al teatro, al polo...
- GOR.      Permítame su señoría una ligera rectificación. La llevabas á su palco, en su coche ó en su automóvil...
- LUCY      ¡Pues no faltaría...! Pero con tal motivo, Fernán siempre pegado á nosotros... La madeja enredándose... yo, sin malicia...
- GOR.      ¡Pobre paloma!
- LUCY      Te digo que no lo aguanto. Te digo que la cosa no se queda así, y no se queda.
- GOR.      ¿Quieres venir al comedór á absorber unos helados? Y cuando se te enfrie la sangre, ¿quieres oirme?
- LUCY      No te vendría mal á tí una garrafa de horchata. Buen tiberio armaría la horchata con el champagne que te sale hasta por las orejas.
- GOR.      ¡Quia, hija! Si estoy muy fresco y veo claro, claro... Tú guíate por mí, y no hagas el paso, que es lo peor que se puede hacer.
- LUCY      ¿Te parece que he de resignarme á lo que dicen las amigas?
- GOR.      ¿Y qué dice ese coro de serafines?
- LUCY      Que esta fiesta es el prólogo de la boda de Fernán Altacruz con Susana. Que por eso ha salido de la redoma Gracia Altacruz, y se ha colgado cuanto la queda y se ha venido á bendecirles.
- GOR.      Y figúrate que así fuese... bueno, hija mía... cosas del pícaro mundo.

- LUCY           ¿Sabes lo que te digo? ¿sabes lo que te digo?  
Que no tienes miaja de religión.
- GOR.           ¿Eh? Todo lo aguantaré, poume de pelo de  
conejo... ¡pero eso no! Estás hiriendo mis  
sentimientos más delicados.
- LUCY           Y á Fernán, dile que sus hijos nacerán con  
rabo... ¡Qué bonito!

## ESCENA II

DICHOS, MARQUÉS DE NEBLÍ

- MARQ.       Hola, aquí se conspira... ó se pelea.
- GOR.       Una brega atroz con la fierecilla de su sobri-  
na. Echeme un capote.
- MARQ.       (A Lucy.) La gente desfila. ¿Quieres el brazo?  
¿Pido el coche?
- LUCY       Haz tu noble oficio con más disimulo, caro  
tío... Dime en crudo que estorbo.
- MARQ.       No es que estorbes; es peor. Es que te pones  
en evidencia.
- LUCY       Peor.. ¿para quién?
- MARQ.       Fara tí sobre todo, criatura. ¿Es posible que  
estés tan despistada? Fíjate... ¿eh? Ocasio-  
nas una pena muy grande á una persona  
que... que se paga mucho de las formas, y  
del buen gusto.
- LUCY       ¡Bah! ¿De veras?
- MARQ.       No puedes figurarte lo que le preocupa...  
Como que me ha tomado por confidente...
- GOR.       Y á mí tambien... No habla de otra cosa.
- MARQ.       Y ayer me decía, justamente: «Lo que me  
encanta de Lucy es su actitud correctísima  
en esta difícil ocasión...»
- GOR.       Justo... A mí lo repitió tres veces el yobre  
Ezequiel... ¡Qué mujer!, exclamaba. Me en-  
tusiasma su impasibilidad, su sangre fría...
- MARQ.       Le has sacado de sus casillas... Una verda-  
dera conquista, Lucy. No le desilusiones.

- Ya ves; Ezequiel de Leyva... no es un pelagatos.
- LUCY ¿Qué se figuran los ricachones? ¿Que todo está en venta? ¿Que todo se compra?
- GOR. (Aparte á Nebli.) ¿Cómo es que han convidado á ésta?
- MARQ. No hice yo la lista. Susana se empeñó en escribir y enviar ella misma las invitaciones. No respondo de algunas caras que he visto entre el gentío... Por ejemplo...

### ESCENA III

DICHOS, las de CARAMBLAR. Pasan por la terraza saludando sonrientes. Lucy les hace un gesto ambiguo

- CAR. M. Debimos marcharnos hace una hora. Ya te lo decía yo. Es lo más elegante, un par de vueltas y desaparecer.
- CAR. H. Si fui yo quien te repetía: vámonos, que nos desilucimos...
- CAR. M. Mira la mueca que nos ha hecho la Silva.
- CAR. H. Ya, ya... Me daría gusto contestar con otra peor.
- CAR. M. ¿En qué estás pensando? Va á recibir los viernes.
- CAR. H. Pero sucederá como el año pasado, que la esperamos tres días en el *foyer* del Real, á ver si nos decía algo, y ni por esas.
- CAR. M. ¿Y ahora, nos iremos?
- CAR. H. Hay que despedirse de los señores de la casa.
- CAR. M. No es moda.
- CAR. H. ¿Y si se pican? Acuérdate que no contábamos con la invitación...
- CAR. M. Pues nos despediremos, por si acaso... Es terrible esto de no saber nunca lo que conviene más, si ser atento ó desatento... (se van otra vez por el salón.)

## ESCENA IV

LUCY MARQUÉS DE NEBLÍ, GORITO CETINA; luego EZEQUIEL por la parte del jardín

- EZEQ. Ya me figuraba que les encontraría á ustedes en la terraza; es el único sitio en que se está bien hoy.
- LUCY. (Repentinamente insinuante.) ¡Oh! Se está en todas partes muy bien... Es una fiesta de las que hacen época. Encantada la gente...
- EZEQ. Como siempre que damos estas fiestecillas, mañana haremos una cuantiosa distribución de bonos y enviaremos al Monte una regular cantidad para desempeños... ¿No tiene usted pobres que recomendarme, amiga mía? Me alegraría infinito...
- LUCY. ¡Ya lo creo! ¡Quién no tiene! Una cáfila de nombres voy á dar á usted..
- EZEQ. No, no hacen falta nombres. Envío á usted el donativo, y usted es tan bondadosa que se ocupa. (Ofrece el brazo á Lucy, que se apoya en él con abandono, y bajan hacia el jardín por la escalinata)

## ESCENA V

GORITO CETINA, MARQUÉS DE NEBLÍ; después BENJAMÉN DE LEYVA

- MARQ. (Frotándose las manos.) ¡Soy un Metternich!
- GOR. Hemos amansado á la pantera.
- MARQ. Vamos á contárselo á Benjamín... ¿No sabe usted, insigne amigo? Acabamos de presuarle un servicio de trascendencia.
- BEN. Me supongo cual. He visto á la Silva muy excitada. Es la propia Susana quien la convidó. No sé qué se propone mi hermanita.

- Ha armado un pisto... También convidó al estrafalario que usted nos presentó en el tren, ¿no se acuerdan ustedes? El que la regaló los tapices góticos...
- MARQ. Hombre, es preciso convenir en que ese se ha ganado el convite más que nadie. Los tapices son de gran mérito, según cuentan; yo no entiendo...
- BEN. Y qué, ¿no hay sino mandar cualquier fruslería para meterse donde uno quiera? Para mí ya es cuestión de amor propio el que esos tapices se paguen y en paz. ¡Regalo más cargante! Quería decirselo al caballero; pero después de saludar á Susana, desapareció.
- GOR. Vaya bendito de Dios. Es un infeliz. Yo sé de quién le conoce. Debe de ser así... algo como... un ro... romántico.
- MARQ. Eso, un romántico. (Llevándose aparte á Benjamín) Y... ¿y aquel asuntillo? ¿Se ha olvidado usted?
- BEN. No por cierto... Mañana será satisfecho ese crédito atrasado... Y avísame, para mi descanso, cuando ya no queden raigones que arrancar en sus encías.
- GOR. (Llevándose aparte á Benjamín.) Oye, tengo que decirte... Me encuentro este mes un poco alcanzado...
- BEN. ¿Cuánto supone el alcance?...
- GOR. Pss... unas siete mil y tantas... ocho mil, en números redondos... despreciando piquillos, ¿eh?
- BEN. ¿Y tienes de renta al mes?...
- GOR. De renta, de renta.. Eso es precisamente lo que no he sabido nunca... Pon quinientas... ó si no pon doscientas veintisiete y céntimos...
- BEN. Ocho mil es lo que he de poner, bromista...
- GOR. Eres mi papá...
- BEN. ¿Eh? ¡Poco á poco! Ni por ocho ni por dieciseis mil quiero tal hijo. Mi estirpe es más

ilustre que la tuya. Si te doy sin interés ni cobro verosímil cantidades para tus vicios, es porque así tengo uno más á quien mirar desde arriba...

GOR. (Aparte.) ¡Tripas de condenado! Todo te lo paso... te perdono que me prestes... pero esto... (Vase con Nebli por la parte del jardín.)

## ESCENA VI

BENJAMÍN, MARQUÉS DE NEBLÍ, GORITO, SIMÓN DE LEYVA,  
dando el brazo á la DUQUESA DE ALTACRUZ.

SIM. Detengámonos un momento aquí, Duquesa... Aprecie usted desde la terraza el golpe de vista de la iluminación. (La aproxima á la balaustrada.)

DUQ. ¡Oh! Es verdaderamente mágico... Sus antiguos dueños, los Moreria, habían descuidado bastante estos jardines. Ya sé que ustedes han hecho prodigios.

SIM. Nada de eso. Una instalación precipitada, por no vivir en fonda ni en piso de alquiler. Faltan infinitos detalles.

BEN. Como que aquí es difícilísimo todo. Hemos tenido que traernos operarios de París... El apeadero de caza que estamos arreglando en la Solanera, ese sí, va á quedar agradable.

DUQ. ¡Apeadero! Ya sabemos que es un castillo y un coto regio.

SIM. Esperamos que usted lo honrará...

DUQ. ¡Cuánta amabilidad! ¿Y la encantadora Susana? No quisiera irme sin decirle adiós... Estoy haciendo una calaverada: mi doctor me prohíbe escotarme, salir de noche... Pero una fiesta así... Han tenido ustedes gente de la que no se prodiga.

BEN. Ahí viene justamente Susana con su hijo de usted, Duquesa.

- DUQ. En efecto... Qué pareja tan bonita... ¡Jesús, qué estoy diciéndol
- SIM. Dice usted una gran verdad.

## ESCENA VII

DICHOS, SUSANA, FERNÁN, DUQUESA DE ALTACRUZ. Susana suelta el brazo de Fernán

- DUQ. Hijo mío, comprendo tu desesperación, pero es hora.. (A Susana, tomándola las manos.) ¿Me permite usted que la robe su caballero?
- FER. (A Gorito.) Pues buenas ganas tengo de eternizarme aquí.. toda la noche sudando tinta, con Lucy en actitud de grifo heráldico..
- GOR. Danos las gracias. Entre el Marqués y yo se la hemos colocado á Ezequiel. Se han ido á hablar de beneficencia por las frondas.
- FER. ¡Soberbio!... Así, cuando me arme la gazapera, estoy preparado... Tú, mujer traidora... Tú, infiel... etcétera.
- DUQ. Susana, ¿me concederá usted que al dejarla la dé un beso en la frente? Mi hijo, al hacerme de usted elogios, que ahora comprendo que no eran exagerados, me dijo que usted tenía tal cariño á nuestra España, que pensaba quedarse en ella toda la vida. ¿Son ilusiones? ¿Se hará usted española... completamente? ¿Adoptará nuestro .. nuestros... en fin; usted adivina lo que quiero decir?
- SUS. Duquesa, seguramente no me iría de España sin experimentar una pena muy grande.
- DUQ. ¡Oh! ¡De un corazón así hay que esperar las más gratas sorpresas! (La besa y se retira del brazo de su hijo por el salón. Todos la despiden con reverencias. Gorito se retira al mismo tiempo.)

## ESCENA VIII

SIMÓN, SUSANA, BENJAMÍN y MARQUÉS DE NEBLÍ

- BEN. (Haciendo otra reverencia á Susana.) Tengo el honor de presentar mis respetos á la joven duquesa de Altacruz.
- SUS. Veo que os agradaría ese suceso.
- SIM. ¿Y lo dices así, cordera mía? Delante del Marqués podemos hablar sin reparo. Es lo único que me falta conseguir. Lo demás lo tengo. La prosperidad me acompaña. El oro crece, se hincha, fructifica en mis manos. Y ya lo has visto; nos rinden homenaje. ¿Qué de halagos, qué de victorias! Ahora, á cruzar la sangre nuestra con la primer sangre de España. Los nietos del viejo Simón de Leyva se cubrirán ante el rey. Tu pretendiente, además, no es un noble arruinado. La casa de Altacruz se sostiene, conserva su brillo... Benjamín... (Volviéndose inquieto.) ¿Qué es eso?
- BEN. ¿Qué sucede, padre?
- SIM. ¿Por qué rebajan la luz?
- BEN. Si nadie la ha rebajado.
- SIM. Pues he creído... Juraría... Se ha puesto más obscuro todo...
- BEN. No tal...
- SIM. ¿No lo notas tú, Susana?
- SUS. No lo noto.
- SIM. Vamos, cuando uno lo está viendo... (Levantándose y echando á andar hacia el salón.) Voy á enterarme... Quedan todavía algunos invitados, y no es cosa de que se hagan tales economías.

## ESCENA IX

SUSANA y BENJAMÍN

- SUS. Es extraño. . Yo no advierto diferencia ninguna.
- BEN. Manías del patriarca. Su edad... Y no quiere dejarnos intervenir en nada, ni á Ezequiel, ni á mí; pero se rendirá á discreción cuando le falten las fuerzas. Sólo atiende á su capricho; desdeña nuestras indicaciones. Afortunadamente, en lo de la boda estamos conformes todos.
- SUS. Poco á poco; no he dicho yo si estoy conforme... Creo que mi voto pesará algo... Y parece imposible que no te preocupen los problemas que eso lleva consigo. ¿No presumes á lo que me obligaría semejante boda, Benjamín?
- BEN. ¡Bah!... Sí, ya me doy cuenta... pero estamos en una época de gran tolerancia... Y el ducado de Altacruz... realmente... bien vale una misa. Hoy nadie se acuerda de esas cuestiones. ¿No has visto cómo acudieron aquí personajes que, al parecer, encarnan las intransigencias?
- SUS. ¿Y tú has creído que eso era tolerancia? Eso era descreimiento, escepticismo... Ello; y vosotros, idólatras del mismo ídolo, del becerro de fundición.
- BEN. Te lo habrá escrito nuestro tío Ismael... el solemne tío.
- SUS. Sí, no lo digas con mofa; nuestro tío Ismael, que es la conciencia de nuestra familia. Ante el compromiso en que me ponen vuestros deseos de casarme aquí, he acudido á Ismael de Leyva, rogándole que venga á iluminarme, á guiarme... Si sus altas tareas se lo permiten, no desoirá mi ruego. Y él os dirá...

- BEN. ¿Pero de veras le has llamado? ¡Has cometido una insigne torpeza! La presencia aquí del gran Rabino será comentada, nos desfavorecerá; hará pensar en lo que no conviene que piensen... Ibamos viento en popa... Ha sido error muy grande el tuyo, hermana. ¡Es tema la tuya! Te complaces en crear nos un conflicto social.
- Sus. ¿Social?... Me importa lo íntimo; lo social muy poco...
- BEN. Vamos, me exasperas... Me voy, por no soltarte un desatino. (Vase por el salón.)

## ESCENA X

SUSANA; después PEDRO

- Sus. (Apoyándose pensativa en el balaustré.) Visto está; no tengo padre, no tengo hermanos para confiarles lo que llevo dentro... Si mi buen tío Ismael no viene, quedo sola... Sola; pero me bastaré; no cometeré un acto reprochable. (Viendo á Pedro que sube del jardín.) ¡Ah! Aquí se acerca un amigo. ¡Cuánto me alegro de que no se haya usted marchado sin que charlemos un momento!
- PEDRO Me he entretenido sentado en un banco del cenador, fumando y fantaseando... porque usted tuvo la bondad de decirme eso mismo cuando la saludé entre el remolino de los invitados á la fiesta. Y así que observé que se iban...
- Sus. Mil gracias, Torrellas; tenemos que hablar de varias cosas... En primer lugar, no se enfade.. no puedo menos de insistir en que el regalo que usted me ha hecho es demasiado valioso para que yo lo acepte así... Baste la generosa intención, y tratemos de poner esta cuestión en un terreno que desvanezca mis naturales escrúpulos...

- PEDRO ¡Traición, Susana! ¿Para esto me ha dicho usted que me quede? Me da usted un disgusto cuando no lo esperaba.
- SUS. Perdóneme, Pedro... No fué mi propósito... Y al mismo tiempo...
- PEDRO Basta, Susana, usted no volverá á hablar del caso... y estaremos conformes. ¿No tenía usted otra cosa que ordenarme?... Yo me creía completamente olvidado por mi compañera de viaje, v... aunque me dolía... no lo extrañaba. El convite á la fiesta me sorprendió... ¿No habrá sido cosa de sus hermanos?
- SUS. Ha sido mía, mía... Si me hubiese olvidado de usted demostraría ingratitud.
- PEDRO ¡Ingratitud! ¡Gratitud! ¡Bah! Eso no me sabe á nada.
- SUS. Y si le pido á usted un nuevo favor, ¿qué responderá?
- PEDRO ¡Que me complace! Siempre que el favor sea cosa seria, positiva... y que me cueste mucho trabajo.
- SUS. Es un consejo.
- PEDRO Favor verbal... Nada entre dos platos. Y además... ¡consejos de mí! Susana, usted no tiene ni remota idea de mi modo de ser. Yo creía que, por una misteriosa intuición, podría usted adivinarme. No me ha adivinado. ¡Vaya un consejero! Si soy un orates, si no reflexiono nunca... Mi primer movimiento... y salga lo que saliere.
- SUS. ¡Qué gracia! Sigamos la broma.. A veces, por boca de los locos habla la cordura. Y á veces, no se pide consejo á la razón, sino al sentimiento.
- PEDRO Por el sentimiento, acaso resultaré muy cuerdo, y un sabio profundo.
- SUS. Pues venga el consejo. Quieren casarme.
- PEDRO Lo he oído repetir en el salón.
- SUS. Y... ¿qué opina usted? Sinceramente...
- PEDRO ¿Opinar? Es una excelente boda. Los Alta-

cruz son de lo más encumbrado. La gente demostraba envidiar á los novios de todas veras... Prueba de que se trata de algo envidiable.

SUS. ¿No se le ocurre á usted decirme sino eso?...

PEDRO Lo que á mí se me ocurre... no es lo que á usted le conviene oír. ¿No comprende usted que si hablo á chorro, si no me contengo, somos perdidos? Venga usted aquí, niña... No hay que poner en compromiso á un hombre.. Si yo la quiero, si la quise desde París, si este es el secreto á voces, si usted lo sabe. ¡Ah! ¡Si no hubiese más que querer en el mundo! Y yo digo que no debía haber más. Y por mí, ni preguntaría qué sucederá después, ni adonde vamos... Querer y querer.

SUS. Torrellas... (Se levanta.)

PEDRO Entendido y aprobado, y excuse usted mi franqueza; pero sepa que, alocado y todo, me doy tanta cuenta como usted de lo que hay detrás y alrededor de la hermesura del querer... Por eso le he hablado á usted tan prácticamente de la conveniencia de casarse con el duque de Altacruz. Al fin, conmigo no se había usted de casar. Soy pobre, usted archimillonaria; soy cristiano, nacido en Mallorca, y usted es israelita... Le diría á usted que desprecio las preocupaciones, pero no le diría en eso la verdad: yo no me casaría nunca con una mujer que no rezase las oraciones que mi madre rezaba.. Todo nos separa, Susana, todo... menos una cosa divina que á mí me bulle aquí dentro, un pájaro celestial que me canta en el corazón mismo... Pues á retorcerle el pescuezo. ¡Bah! Cada día mueren cien mil ruiseñores asesinados.

SUS. ¡Pedro! ¡Me dan mucha lástima los ruiseñores! ¿Y por qué se empeña usted en que

yo me case? Bien puedo quedarme soltera, libre..

PEDRO

¡Ah! ¡En eso, en eso la acierta usted! No pensemos en bodas, en legalidades, en contratos á tan largo plazo, cuando la verdadera vida, la juventud, dura poquísimo... Pensemos en amor... ¿Qué importa lo demás? Nos queremos. ¿Me equivoco, Susana? ¿Soy un fatuo? ¿Soy un majadero? ¿Nos queremos, sí ó no? No me responda usted con los labios... Me basta un destello en esos ojos, cuyo mirar me persigue día y noche... (Susana calla y le mira largamente. El la mira también. Pausa. Pedro la coge por el talle y la estrecha.)

## ESCENA XI

DICHOS, ISMAEL DE LEYVA, por el jardín

PEDRO

(Bajo.) Se acerca alguien. ¡Christ!... (Susana se aparta de Pedro.)

SUS.

(Alto.) ¡Si es mi venerado tío Ismael! ¡Oh, bienvenido! ¿Cuándo has llegado? ¡Qué bueno eres para mí! (Pedro hace una ligera señal de despedida, se inclina y se va por el salón.)

ISM.

Estoy aquí desde hace un par de horas y no quise presentarme durante la fiesta... Descansé un poco... Ahora había bajado á los jardines... ¿Me has llamado, Susana, hija mía; necesitas consejo, dirección?... No ha de faltarte.

SUS.

Sí, necesito de tí; mi alma padece crueles incertidumbres... En tí me refugiaré; tiéndeme la mano...

ISM.

No temas... A tu lado estoy... Habla, revélame lo que te preocupa, aunque lo sospecho...

## ESCENA XII

DICHOS, SIMÓN, BENJAMÍN por el salón

- SIM. ¿Qué es esto? Acabo de saber la llegada de mi hermano...
- ISM. Ha llegado en efecto tu hermano, y te pide hospitalidad... ¿Te quedas inmóvil? ¿Qué esperas, Simón? ¿No me tenderás los brazos?
- SIM. (De mal talante.) Ahí van... Mi casa es la tuya... Pero, ¿qué idea te ha guiado? ¿'or qué no escribirme, por qué no avisarme...?
- ISM. (Gravemente.) Al parecer, Simón, te olvidas de que soy mayor que tú, no solamente en la edad, sino en la dignidad del sacerdocio que nuestros hermanos me han conferido. A tu casa puedo venir cuando lo crea oportuno, y no sólo á verte con expansión familiar, sino á amonestarte, á darte la corrección que mereces. ¿Crees que desconozco tus intenciones? Tengo fija en tí la vista. Sigo tus pasos. La riqueza desmedida es causa de prevaricación.
- SIM. (Colérico.) ¿Es que traes por objeto insultarme? Yo no prevarico.
- ISM. Es igual, es más malo aún: quieres que prevarique Susana. No, no te enfurezcas; conviene, al contrario, que te humilles.
- SIM. Soy cabeza de mi familia; ejerzo sobre mis hijos la autoridad más respetable. No consentiré intrusiones, con ningún pretexto, ni aun con el de la fe.
- ISM. Otra autoridad está sobre la tuya. Esto vine á repetirte, y puesto que no quieres oírlo con respeto, me iré; permanecer aquí sería asentir á lo que debo reprobear ante todos, públicamente, á la faz de nuestro pueblo.
- SIM. (A Benjamín.) ¿Pero ves esto, cordero mío? ¿Pero lo ves? Mi hermano, mi propio her-

- mano, viene á echarme hiel y ajenjo en la bebida. Tu celo es indiscreto, es cruel. ¡Ay! Siento que se me va la cabeza... Acudidme...  
(Se deja caer en un asiento y le rodean todos.)
- SUS. ¡Padre! ¿Qué es eso? Aire, aflojadle un poco el cuello...
- BEN. Se ha puesto amoratado...
- ISM. Hermano... Yo no sabía que tu salud...
- BEN. Has venido en mala ocasión, por lo menos... Le has dado un golpe acaso mortal. Que busquen médico á toda prisa...
- SUS. Ya abre los ojos... ¡Padre!
- SIM. Qué, ¿eres tú, hija? ¿A dónde me habéis trasladado? Enciende luz...
- SUS. ¿Qué dices, padre querido? ¿Luz? ¡Si la hay á torrentes!
- SIM. ¿Cómo? ¿Hay luz? ¿Dónde? No veo más que tinieblas... Negrura!.. ¡Ah! ¡Sí, sí! ¡Eso es, eso es! ¡Ciego! ¡Ciego! ¡Me he quedado ciego!
- SUS. ¡Ciego! ¡No, no será! ¡Un accidente pasajero!  
(Le abraza y le besa con ternura.)
- BEN. ¡Ciego!
- EZRQ. ¡Ciego! Mía es la casa.

FIN DEL ACTO SEGUNDO



## ACTO TERCERO

Un sitio pintoresco en el parque del cazadero La Solanera, propiedad de los Leyvas. Puede verse ó no el castillo, en todo ó en parte, y debe entreverse, al fondo, una magnífica verja de entrada. Debe comprenderse que es un parque muy cuidado y suntuoso. Mesa de piedra, asientos, bancos. Perspectiva de sierra castellana.

### ESCENA PRIMERA

SIMÓN DE LEYVA, LAZARILLO. Entran por la izquierda, sosteniendo y guiando Lazarillo á Simón; al llegar cerca del banco, le ayuda á sentarse en él, y saca del bolsillo de la chaqueta un rollo de periódicos, que deposita sobre la mesa.

- SIM. ¡Ajá! Mi banco de costumbre... Siéntate tú también; descansa.
- LAZ ¿Yo? Yo no estoy cansado, señor.
- SIM. ¡Ya lo creo que no lo estarás! ¡A tu edad! ¿Cuántos años tienes, Lazarillo?
- LAZ. Catorce... Catorce y tres meses.
- SIM. ¡Envidiable edad! A los catorce años yo era pobre... pero ..
- LAZ (Admirado.) ¡El señor ha sido pobre alguna vez? ¿Pobre... así... como los pobres?
- SIM. Sí por cierto... Con la bolsa vacía... vacía del todo. ¡Vivía más alegre!
- LAZ Pues yo vivo apesadumbrado, porque mi

- padre está enfermo y mis hermanitos no lo pueden ganar aún. Pienso mandarles mi soldada entera á fin de mes, ya lo creo.
- SIM. Les recomendaré á mi hijo Ezequiel, para que se acuerde de ellos en sus obras benéficas.
- LAZ. ¡Oh, gracias, señor, gracias! (Le besa con efusión la mano.) ¿Quiere el señor que le lea las cotizaciones?
- SIM. Déjate de eso... Háblame un pocco..
- LAZ. ¿De qué me manda hablar?
- SIM. De lo que quieras... De lo que pasa aquí... á nuestro alrededor... ¿Hace hoy un día muy hermoso, no es verdad?
- LAZ. Hermosísimo... ¡El sol parece una bola de fuego! ¡Y un aire tan claro! ¡Y un cielo tan azul!
- SIM. ¡Dichoso quien goza de eso! Escucha, muchacho.. ¿Por mucho dinero venderías tú los ojos conque ves tanta gloria? No te asustes, que nadie piensa en sacártelos... Contesta... Si eso fuese posible, si los ojos se vendiesen y se comprasen... ¿los venderías?
- LAZ. (Pensativo.) Por mucho, mucho, mucho dinero... ¡Tenía que ser muchísimo! (Pausa.) ¡No! ¡No! ¡Si fuese un pie, una mano... ¡Los ojos, no!
- SIM. ¡Ay de mí! ¡Todo mi capital por la vista!

## ESCENA II

### DICHOS y EZEQUIEL

- EZEQ. ¿Cómo te encuentras, padre? Bien, ¿no es cierto? ¿Con ánimos para tu acostumbrado paseito?
- SIM. ¡Mi paseo! ¡Mi paseo! Una carrera en la oscuridad, arrastrado por algo que no sé si son caballos, recorriendo caminos que no sé adonde conducen. Cruzo un país de bendición... no lo veo. Cruzo un páramo... no lo

- veo. ¡Y ver el páramo más desierto sería la felicidad!
- EZEQ. No hay que desconsolarse... Animo, y que pongan el coche.
- SIM. (A Lazarillo.) No, dí que hoy no salgo... (Vase Lazarillo.)
- EZEQ. Como quieras. . Y puesto que tienes un momento para escucharme, escúchame... Sentiré que no comprendas la buena intención que me guía... Tú no puedes ya ocuparte personalmente de todo como antes de tu desgracia.
- SIM. He cegado, pero no me he muerto, pésele á quien le pese...
- EZEQ. Afortunadamente no has muerto, no... Pero estás fatigado, sin vista, sin ganas de trabajar, sin ilusión... Y esto sobreviene en el instante en que empezabas á imprimir á tus proyectos gigante impulso... Ese *trust* que iniciabas... y los demás negocios, por fuerza han de resentirse, á no ser que permitas que te ayudemos.
- SIM. Creo que, enfermo y todo, me basto para dirigir la casa.
- EZEQ. Dirigir, convenido; pero una dirección desde lo alto, sin descender á la labor diaria... Eso debe ser cuenta nuestra... ó mejor dicho, cuenta mía: soy el mayor; mi derecho es anterior al de Benjamín. Y, además, Benjamín, tú ya lo sabes, no es un hombre enteramente serio... Sólo piensa en deslumbrar con su lujo; sólo piensa en el triunfo social.
- SIM. Abierto traes el apetito; quieres comer solo... Yo dispondré lo que tenga por conveniente, cómo y cuándo me plazca... Quieres hacer que asista, viviente, á la ceremonia de mi entierro... Todavía es temprano para ungirme y depositarme en el hueco de la peña... ¿Que estoy sin vista? Aún no he agotado los recursos de la ciencia, aún no he ido á Alemania á intentar mi curación...

- EZEQ. Tu curación... Esperémosla... Pero sé razonable, padre. ¿No comprendes que en negocios, un día perdido puede costar una millonada?
- SIM. ¿Tal sed de oro tienes? ¿No somos bastante ricos?
- EZEQ. ¿Eres tú quien dice eso? De dinero y de vida—repito tus palabras—nunca hay sobra. Comprometes por tu terquedad intereses inmensos. Permíteme que te lo diga, faltas á tu deber; dejas indefensa la casa... Resuélvete, dame el medio de que la defienda yo.
- SIM. Cállate; tu voz me entra en los sesos como una barrena. Me fatigas, Ezequiel, y no me persuades. Vete y que venga Susana.
- EZEQ. Aunque no me persuades tampoco, te obedezco como hijo sumiso.. (Aparte.) ¡Ah! Ahí viene Benjamín... No me alejaré hasta saber qué trae... (Se oculta rápidamente detrás de un mazo de plantas.)

### ESCENA III

DICHOS y BENJAMÍN

- BEN. (sin ver á Ezequiel.) Hola, padre... ¿Cómo anda esa salud? Algo decaído te encuentro hoy.
- SIM. Pudieras ejercitar un piadoso engaño y decir que me encuentras perfectamente.
- BEN. Si no es que estés peor... Es que se me figura que te dejas abatir... Y tú, que eres un espíritu práctico, no debes consumirte eternamente por lo que ya... no tiene remedio.
- SIM. ¿Que no tiene remedio mi mal?
- BEN. Al menos eso creen los médicos... Yo supuse que lo sabías.
- SIM. (enfurecido.) ¿Que no tengo remedio? ¿Ciego toda la vida? ¿Y tú me lo notificas? ¡Mientes, ingrato! ¡Me falta recorrer el mundo,

consultar á todas las eminencias, una por una, sembrar dinero hasta recobrar la amada luz de mis pobres ojos! ¿Para qué quiero, sinó, mi fortuna, lo que he ganado, lo que se me debe á mí, á mí exclusivamente? Esparciré al viento mi caudal, haré correr un río de oro, me bañaré en él y curaré. ¿Curaré á despecho vuestro, desagradecidos!

BEN. Vamos, vamos, no te pongas así; no me has entendido bien... Yo confío en que recobrarás la vista... Pero ese feliz suceso puede retardarse indefinidamente, y entonces...

SIM. Entiendo, entiendo... Vienes á proponerme que te dé poderes, instrucciones, facultades... á tí, á tí solo, con exclusión de Ezequiel...

### ESCENA IV

DICHOS; EZEQUIEL, saliendo de su escondite

EZEQ. Y aquí estoy para no consentirlo.

BEN. ¿Nos atisbabas? Ya hace días noto que cuando me acerco al padre surges tú, impidiendo que le hable, que él me oiga.

EZEQ. Debo hacerlo, porque tú tratas de apoderarte de su voluntad, en perjuicio de mi derecho y del interés de los Leyvas.

BEN. Tu derecho... es igual al mío.

EZEQ. No tal; pero aunque así fuera, tú no sirves para llevar los negocios pendiente.

BEN. ¿Por qué me declaras inútil?

EZEQ. Porque sólo piensas en vanidades, en rozarte con ociosos encumbrados y eclipsarles y tenerles á tus pies.

BEN. Y tú, por tu parte, afectando gravedad, eres juguete de un capricho, derrochas en alhajas, sostienes el lujo fastuoso de Lucy Silva. ¿Suponías que yo lo ignorase?

EZEQ. No consentiré que fiscalices mis actos.

- BEN. No los fiscalizaré si tú no ejerces sobre mí igual insufrible tiranía.
- EZEQ. En el estado en que se encuentra el padre, y conociendo tus mañas, me toca velar...
- BEN. ¡Te conozco! ¡Codicioso!
- EZEQ. ¡Vicioso, saco de vanidad!
- SIM. (Levantándose gesticulando.) ¡Eh! ¡Basta! ¡Basta! El padre ha resuelto no someterse á vuestras iniquidades. ¡Alto ahí! Nadie alce la voz estando yo presente... Nada ha cambiado; aquí no hay sino la voluntad de Simón de Leyva... Tú, Ezequiel, si eres tan correcto, echa un cerrojo á tu boca... Tú, elegante Benjamín, organiza tus cacerías, entrégate á tus deportes y enfrena tu lengua, que la lengua, dice la Sabiduría, derriba el muro... Y el primero que se atreva á desmandarse delante de mí, á fe de Simón que lo arrojé avergonzado de mi hogar, peor que al pródigo.
- BEN. ¡Sea como tú quieras! ¡Calla! ¡Callaré... hasta lo gravísimo que venía á decirte, y que á todos por igual nos importa.
- EZEQ. ¿A todos? Explicate.
- SIM. Bien, habla.
- BEN. Hablaré, y verás, padre, como los que más afectan formalidad no son los más vigilantes de la honra. ¡Sí, de la honra! Nuestra hermana...
- SIM. ¿Qué? ¿Qué vas á decir de mi lirio blanco? Solo ella me acompaña y acaricia, solo ella ilumina un poco la noche que me rodea.
- BEN. Bueno, atiende y aprende... Ya sabes que pensábamos en casar á Susana con el duque de Altacruz. Tu desgracia suspendió este proyecto, ó mejor dicho, le sirvió á Susana de pretexto para que se aplazase... Fernán Altacruz ha venido aquí dos ó tres veces y Susana ni se ha presentado... El desaire ha sido completo...
- SIM. Tu tío Ismael tiene la culpa... La fanatizó... Sigue fanatizándola...

- BEN. Eso cree tu candidez. Desengáñate... Susana no mira la fe que profesa un hombre... si ese hombre es de su agrado.
- SIM. ¿He oído bien? ¿Te refieres á tu hermana?
- BEN. ¿A quién si no?... Las noticias que voy á darte te probarán que cuando una enfermedad nos vence, tenemos que transmitir la autoridad á personas que puedan ejercerla... Escucha.. y escucha tú también, Ezequiel, con buena voluntad... Porque ahora debemos unirnos... Susana, casi todas las tardes, habla en este parque mismo con un hombre.
- SIM. ¡No puede ser! ¡Mi paloma! ¡Mi rosa de Jericó!
- BEN. Ella, ella, tu rosa.
- SIM. ¿Y quién es ese hombre?
- BEN. Lo sospecho, pero no lo sé de cierto aún. Sin embargo, juraría... Mis noticias son recientes, de esta mañana, pero son auténticas, de testigos de vista. ¡Oh! cuando yo me propongo informarme...
- SIM. Hijo mío Ezequiel, ¿debemos creer lo que asegura Benjamín?
- EZEQ. Mujer es Susana... Hagamos por lo menos como si lo creyésemos... y busquemos el remedio de tan grau mal.
- BEN. El remedio... también lo tengo prevenido... (se acercan los tres.) Os diré .. Al que entra en una finca ajena furtivamente, saltando el cercado, se le puede tratar como á un malhechor...
- EZEQ. Así es... Hay derecho hasta para...
- SIM. Para todo lo que se quiera hay derecho... ¡Un derecho de legitima defensa!
- BEN. Pensándolo yo así, he hablado con los guardas que custodián esta finca...
- EZEQ. Los guardas de la Solanera parecen mozos de pelo en pecho...
- BEN. Sí, resueltos, buenos perros de presa.. Y pobres... pobrecillos... En su vida habrán

- visto una moneda de oro... El oro les emociona tanto, que da gozo enseñarles...
- EZEQ. El oro es fuente de emociones para el que más y el que menos...
- BEN. Así lo creo.. Y así lo he probado... Tened confianza en mí...
- SIM. Cuidado, Benjamín, que no se le haga el menor daño á ella...
- BEN. ¿Quién piensa en eso? ¡Ni á ella... ni tampoco!... ¡Asustar... escarmentar... una leccióncita!..
- SIM. Te lo repito ¡cuidado! ¡Y prudencia! ¡Todo legal, todo legal! (Ezequiel y Benjamín se hacen el uno al otro un expresivo gesto.)
- EZEQ. }  
 BEN. } (A una voz.) No temas... Somos cautos..  
 BEN. } ¿Cosa convenida?... La hora en que nuestra hermana baja al parque ya se acerca... Retirémonos, padre, no conviene que te encuentre aquí... Ya te diremos cuando has de volver...
- EZEQ. Ven, dejémosle el campo libre... (Le llevan á Simón por la izquierda.)

## ESCENA V

SUSANA é ISMAEL, por la derecha

- ISM. Sí, el correo de hoy me lo dice... Mi presencia es necesaria en París; me reclaman nuestros hermanos... Tú conoces mis tareas y mi labor. El Señor la ha bendecido...
- SUS. Malas nuevas para mí. ¡Tenerte aquí, ya lo sabes, me complacía de tal manera! ¡Te necesitaba tanto!
- ISM. No podía yo tampoco encontrarme mejor en ninguna parte que en este retiro, donde mi hermano busca alivio á su mal y yo descanso á mis abrumadores quehaceres... Pero la obligación estricta de no abandonar mi puesto, me llama imperiosamente ya. Soy

- esclavo de mi deber. Saldré en el primer tren mañana temprano. Es nuestra última conversación confidencial. Di, hija mía... ¿no tienes algo que consultarme... antes de...?
- Sus. Mi venerado tío... sí, algo tengo. . No me había atrevido hasta hoy... Se me figura que lo barruntas... Tengo un cuidado, una inquietud... una preocupación... Apelo á tu bondad, invoco tu misericordia.
- ISM. Abre tus labios sin recelo... ¡No te azores, que no soy el lobo: soy el pastor, ovejita mía!
- Sus. Ya sabes que fui yo quien te rogó que vinieses aquí cuando pretendían casarme. Y sabes también cual era la condición que había de aceptar al estipularse aquella boda.
- ISM. Lo sé... ¡Tú la rechazaste é hiciste bien! No esperaba otra cosa de tí. ¿Serán capaces de acosarte de nuevo? Resiste, que la voluntad es más fuerte que la fuerza.
- Sus. ¡No es eso... no es eso! Ahora no me acosan. Se ocupan menos de mí; les da en qué pensar el estado de los negocios; quisieran dirigirlos mis hermanos, y no lo consiente el padre... Hay una guerra doméstica... En fin, respecto á mí... ¡Gran trabajo me cuesta! Hasta se me figura que ofendo tu alta dignidad... Pero el que dice lo que siente, no merece ser oído con rigor.
- ISM. Aguardo... Escucho...
- Sus. Dime, Rabí... ¿Crees tú que puede mudarse el corazón; cambiar, por decirlo así, su esencia, y volverse... algo como un corazón nuevo, tierno, de criatura? ¿Lo crees?
- ISM. No te entiendo, Susana.
- Sus. ¡No entenderme tú! Pues es preciso que me entiendas .. ¿Crees que lo arraigado aquí, el árbol de la fe antigua, que parecía que lo llenaba todo, puede ir perdiendo hoy una raíz... mañana dos... y eso sin que lo notemos casi... y que en el sitio de la raíces viejas puedan brotar otras... diferentes. . fres-

- cas... 'más profundas? ¿Que podemos notar que aquello de antes era mezquino, frío, ruín... y lo de hoy es... muy ardoroso... muy completo... en fin, mejor? ¿Es malo sentir así? ¿Tú lo condenas, Rabí Ismael?
- ISM. Poco á poco. Lo que estás contándome, ¿cómo ha sido? ¿Cómo empezó en tí esa transformación?
- SUS. ¿Lo sé yo misma? Esto no debe de tener explicación concreta, categórica. Ha sido, ha sido... una cosa que sucedió allí donde no cabe ni peso ni medida de lo que es.
- ISM. Si no he comprendido mal, lo que se deduce es que tú... no estás ya conmigo, con tus hermanos, con nuestro pueblo israelita. ¿Me engaño? Míralo bien; contesta sin rodeos.
- SUS. No sé qué responder; quisiera no ver severidad en tus ojos. No entiendo lo que me pasa.
- ISM. Quizás lo entienda yo. Y es bien sencillo. Sin que tú misma te des cuenta, el ambiente ha influido en tí; la posición elevada que te ofrecería tu boda con el futuro duque de Altacruz te desvanece y te atrae. Sin poderlo remediar, por instinto de buscar la dominación, eso que nos coloca sobre los demás mortales, nos cegamos y pensamos que cambia nuestro corazón, cuando sólo nos guía la disfrazada soberbia, el interés propio. No es tuya la culpa: te han inducido mi hermano, mis sobrinos... Pero créf que valías mucho más que ellos, Susana.
- SUS. Mira que te equivocas... Los móviles á que atribuyes mi variación, no existen para mí. Ni un instante he pensado en eso. Ni siquiera me cruza por la imaginación la idea de casarme: ya ves...
- ISM. Entonces no adivino...
- SUS. ¿Es posible? ¿Tú, que tienes por oficio guiar las almas? ¿Tan raro es mi caso? ¿Soy el primer espíritu que encuentra estrecho, pe-

- queño, cerrado, el templo en que nació, y busca otro más grande, sin límites?
- ISM. Eso es desvarío. Defiéndete contra la tentación, y la vencerás.
- Sus. Si es que no me parece tentación. Si es que á ratos, hasta se me figura que toda mi vida he sido lo que empiézo á ser ahora. El sentimiento estaba oculto, pero protestaba y quería desbordarse. Tú lo sabes, á tí te lo he repetido: en nuestra familia no se daba culto al Señor, sino al becerro de fundición, al Baal... A él vivíamos sometidos; á él le echábamos incienso; delante de él bailábamos... Y por ahí ha comenzado mi transformación: porque dentro de mí se alzó una protesta indignada contra el despreciable ídolo, y juré que dentro de mí, por lo menos, lo haría pedazos. Y tú también reprobabas el culto del becerro... Lo he oído; la semilla de tus anatemas caía en mi espíritu y germinaba.
- ISM. Así es... yo he solido decirte que mi hermano exageraba la estimación de las riquezas... Estoy conforme; Simón no guardaba mesura. Su castigo fué duro... El Señor es terrible.
- Sus. ¡Eso no! El Señor es piadoso... Y ante el Señor, según yo lo comprendo, no hay nada tan bello como la pobreza. Riqueza, idolatría... palabras que dicen lo mismo.
- ISM. No tanto, no tanto, Susana... La mesura se pierde si nos inclinamos demasiado á los extremos. ¡Entiende bien mi enseñanza! Una cosa es adorar al ídolo, otra negar el valor de las riquezas. Tú no ignoras que Moisés despedazó el ídolo, reduciéndolo á polvo... pero después, ese polvo de oro lo echó en el agua que dió á beber á su pueblo. Y aquel oro en polvo, disuelto, corre por las venas de Israel; y el símbolo es que el oro, incorporado á nuestra sangre, es cosa bue-

- na, cosa grata al Señor; que es lícito poseerlo, lícito ganarlo, y que por él, nuestro pueblo y nuestra raza, algún día, se alzarán fuertes, triunfantes en medio de las naciones...
- Sus. ¡De tu raza eres al fin! Ya sabía yo que no podríamos entendernos; ya lo sabía, que estas nuevas exigencias de mi corazón, van más allá, mucho más que tu doctrina... Si lo que ha sucedido es eso; no conozco nada más digno que tú, Rabí; te veneraré siempre... pero te he encontrado estrecho, estrecho, y yo necesitaba anchura, espacio, alas, algo que me arrebataste á la mezquindad de la tierra... Eres el límite, Rabí-Ismael, eres la cordura... eres la letra... Yo ansío una locura celestial. Reniego de ese oro que quieres mezclar con mi sangre. Pobreza, libertad... ahí tienes lo que reclamo.
- Ism. ¿Dices que soy de mi raza...? Vale más eso que renegar... Vé adonde quieras; al fin, has prevaricado; ya no estás con los tuyos.
- Sus. Adiós, Rabí; mucho te he querido... No me maldigas.
- Ism. Bendecirte no puedo.
- Sus. Ni lo deseo yo... No lo tomes á mal, pero no lo deseo... Al empezar esta conversación te creía aun maestro mío. Ahora se me figura que, en mi sencillez, podría enseñarte algo, que tú no has llegado á sospechar siquiera... ¿Por qué no te prestas á ser mi discípulo...? Los niños enseñan á los sabios... ¡Si te convirtiese!
- Ism. Basta... Susana, adiós... ¡Adiós por toda la vida! (Vase Ismael por la izquierda.)

## ESCENA VI

SUSANA; después PEDRO

- Sus. Está hecho lo más difícil. Era él la única persona cuya voz me imponía miedo sagra-

- do... Ya no me lo impone... ¡Pedro me espera! Nadie anda por aquí... Vamos... (Oyese dentro, hacia la izquierda, ruido como de ramas rotas y una lluvia precipitada.) ¿Qué es eso? ¿Quién viene? (Entra Pedro y se deja caer en el banco.) ¡Pedrol! ¡Ah! ¿Qué tienes?
- PEDRO Nada... No te asustes. Nada; si te digo que nada.
- SUS. Y entonces, ¿por qué llegaste hasta aquí? Venías corriendo. ¿Te perseguían? La verdad...
- PEDRO Pues sí, me perseguían... ¡Pero no te alarmes!... Eran los guardas... Figúrate que al saltar yo la valla me esperaban en acecho... Si no tengo tan buenas piernas, lo hubiese pasado mal. ¡Ah! He corrido como un gamo. ¿A qué fanfarronadas? Será cobardía, pero no les hice frente; no traigo arma ninguna y no tengo ganas de morir, porque tú me quieres... y, además, porque perecer así, en una emboscada, á manos de tus servidores...
- SUS. ¿Qué dices? ¿Querían matarte? ¿Morir? ¿Tú, mi bien, tú? ¿Qué hicieron? ¡Miserables! Dímelo todo... todo.
- PEDRO ¡Bah! Hicieron lo natural... no hay que asombrarse. Claro es que yo contaba con eso un día ú otro... Saltar la cerca, meterme en la propiedad de tu padre... era un atentado... Los guardas, después de todo, han cumplido su obligación.
- SUS. ¿Dispararon?
- PEDRO Y de cerca.
- SUS. ¿Estás herido? ¿Estás herido?
- PEDRO No, tranquilízate, no estoy herido.. La bala no hizo más que chamuscarme el pelo... mira.. aquí.
- SUS. ¡La bala! Si nunca llevan bala en las escopetas... Perdigones, es la costumbre.
- PEDRO Pues bala era... Soy cazador, y en eso no me engaño... En fin, el caso es que no me han acertado; alegrémonos. ¡No pienses más

SUS. en esa tontería! ¡Cómo tiemblas! ¡Y cómo me gusta que tiembles por mí!  
¡Pedro de mi vida! No me aparto de tu lado... No te tocarán.

## ESCENA VII

DICHOS, BENJAMÍN, EZEQUIEL, SIMÓN é ISMAEL. Ezequiel da el brazo á Simón

BEN. Acércate, padre.. Si no puedes verlo con tus ojos, puedes tocarlo con tus manos.. Ex-tiéndelas... Ahí está mi hermana, y con ella, ese hombre.

SIM. (Avanzando.) ¡Maldecido sea! (Les toca.) Ven... Susana... Retírate conmigo... Yo te lo mando.

SUS. Nadie me hará separarme de él. Si disparan otra vez, la bala hará blanco en los dos.

PEDRO (Desviándola dulcemente.) No, si no es menester que me defiendas, niña mía... Aquí estoy, á disposición de los señores de Leyva. ¿Qué tienen ustedes que decirme?

SIM. ¿Quién eres? Creo reconocer tu voz.

PEDRO Soy Pedro de Torrellas..

SIM. ¡Malvado, viniste aquí para robarnos la honra de mi hija!

PEDRO Su honra no, se engaña usted; la quiero demasiado y se ha confiado demasiado á mi para que yo la robe la honra... He robado, eso sí, algo de más valer, su cariño... Y robarlo, tampoco. Cuando nos regalan una joya, no puede decirse que la robamos.

BEN. No procede aquí esa explicación; ahí dentro, si nos acompaña usted...

SUS. Guárdate de ir con ellos: les conozco, te prepararían otra emboscada... Y déjame á mí que ponga en claro el asunto... Esto me corresponde. Me han hecho un bien muy grande estos enemigos nuestros; me han quitado todo temor... Que lo sepan.. Que lo

- vean, que no lo duden... (Acercándose á Pedro y reclinándose en su pecho.) Ya no nos separará muralla ninguna. Iré á donde tú vayas; tu patria será mi patria, tu Dios será mi Dios. ¡Ya lo es!
- PEDRO (Con alegría inmensa.) ¿Es cierto, Susana? ¿Es cierto? (Susana dice que sí con la cabeza.) Pues bien, alma mía... aunque aparto del tuyo mi cuerpo, acerco mi corazón... Eres mi prometida... y desde ahora te llamo María, que era el nombre de mi madre... Y vendrás á mi casa como ella vino: sin traer contigo más oro que el de tu anillo de boda.
- SUS. Así será... No tardaré, esposo... Y antes de que caiga la noche, encubridora de las maldades, voy á guiarte hasta la verja; conviene que salgas por la puerta principal, donde nadie tenga derecho á atentar contra tí...
- PEDRO Ven, María... acompáñame. (Se van juntos y enlazados por el foro.)

## ESCENA VIII

SIMÓN, SAMUEL, EZEQUEL, BENJAMÍN

- SIM. ¡Ciego segunda vez! ¡Pierdo á mi hija! ¡La pierdo!
- EZEQ. }  
BEN. } Te quedamos nosotros...
- SIM. ¡Ese es mi castigo!
- ISM. Ahora veo cuál era el espíritu nuevo de Susana... Se llamaba amor... Y yo, necio de mí, que pretendía luchar con él!

FIN DE LA COMEDIA